

Ignacio Guzmán Betancourt

## Aproximación al estudio de la toponimia náhuatl de Sinaloa

El estudio de los nombres propios de lugar, técnicamente conocido con el nombre de *toponimia*, es un dominio cuyos planteamientos y resultados pueden ser de gran interés y utilidad para el conocimiento de múltiples aspectos relacionados con la historia cultural de los pueblos. Convenientemente desarrolladas, estas investigaciones pueden proporcionar datos muy valiosos sobre la distribución geográfica de determinados grupos étnico-lingüísticos, sus desplazamientos, sus avanzadas político-militares efectuadas en épocas remotas, sus áreas de influencia comercial, ideológica, etcétera. Naturalmente, dichos estudios pueden asimismo ofrecer datos de sumo interés para la lingüística, la filología, la geografía, la ecología y la arqueología, por no citar sino unos cuantos campos en que la toponimia puede colaborar eficazmente en la solución de problemas y enigmas relativos al devenir histórico de los grupos humanos en cualquier lugar de la Tierra.

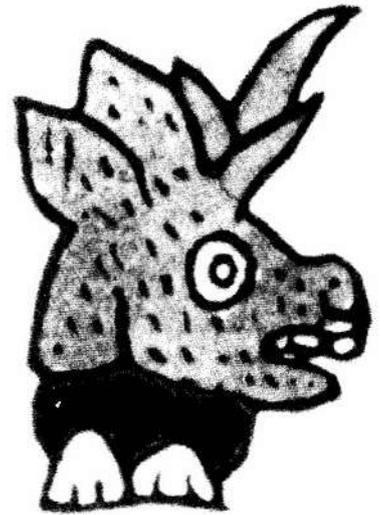
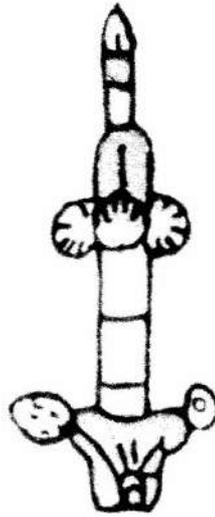
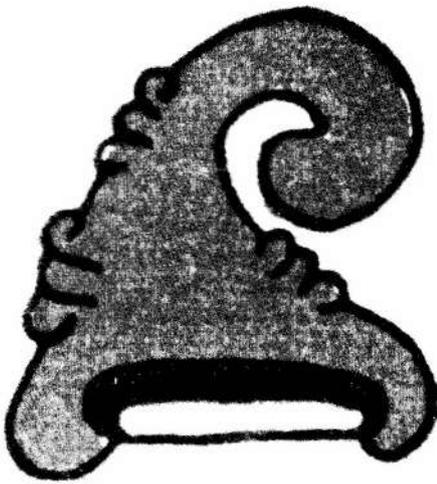
La toponimia indígena del estado de Sinaloa es, desde varios puntos de vista, una de las más interesantes del país, pero tiene el inconveniente de ser hasta hoy una de las menos estudiadas desde el punto de vista científico. Hay noticias de que, poco antes de su muerte (1985), el diligente historiador, etnólogo y lingüista doctor Wigberto Jiménez Moreno, estaba trabajando en una investigación sobre la toponimia indígena del noroeste, pero no llegamos a conocer sus resultados, ni tampoco se sabe el paradero de los materiales que había reunido para tal fin. Por otra parte, hay también datos de que el historiador Fernando Anaya Monroy

(†1970) presentó un trabajo sobre la “Toponimia náhuatl del noroeste de México” en la III Mesa Redonda del Congreso Mexicano de Historia, celebrada en Hermosillo en 1952, pero tampoco conocemos sus resultados pues, al parecer, las actas de dicha reunión nunca se editaron.

Entre los pocos investigadores que aun sin haber estudiado detenida y exhaustivamente el acervo de topónimos aborígenes del noroeste, pero que han adoptado una posición crítica frente a ellos y han apuntado hacia posibilidades de identificación lingüística e interpretación semántica más factibles que las que de ordinario se daban y se siguen dando, está el antropogeógrafo norteamericano Carl Sauer (1889-1975).

En efecto, a este inteligente y entusiasta investigador debe el noroeste —y en particular el estado de Sinaloa— si no los únicos, por lo menos sí los primeros, más completos y confiables estudios etnohistóricos y lingüísticos de cuantos se hayan hecho sobre la región.<sup>1</sup> Aunque sus trabajos sobre el noroeste no se refieren en concreto al tema de la toponimia, Sauer hace repetidas referencias al asunto y formula interesantes y originales conclusiones, basadas en el análisis objetivo de los datos que extrae de numerosas fuentes

<sup>1</sup> “Los estudios más completos que se han hecho en el territorio sinaloense han sido ejecutados por los investigadores norteamericanos Sauer, Brand, Kelly y Ekholm”, Carlos R. Margain, “Importancia histórico cultural de Sinaloa”, en *Estudios históricos de Sinaloa*, Memorias y Revista del Congreso Mexicano de Historia, México, 1960, p. 73.



Glifos de Colhuacan, Piaztla y Mazatlán.

bibliográficas por él examinadas. A él se debe, por ejemplo, primero el cuestionamiento y posteriormente el rechazo de la arraigada idea de que el náhuatl fuera, en tiempos prehispánicos, lengua nativa o aborigen del territorio que actualmente ocupa el estado de Sinaloa.<sup>2</sup> Asimismo, se oponía a la también arraigada idea de que esta región hubiera sido lugar de tránsito y morada temporal de los aztecas durante su célebre peregrinación hacia el sur.<sup>3</sup> Por lo tanto, niega que muchos de los lugares de la entidad que ostentan nombres nahuas tengan su origen en dicho pasaje, tal como tradicionalmente se sostenía e incluso aún siguen sosteniendo algunas personas.

En efecto, investigaciones posteriores efectuadas por estudiosos como Paul Kirchhoff,<sup>4</sup> Wigberto Jiménez Moreno,<sup>5</sup> Leonardo Manrique,<sup>6</sup> entre muchos otros, han dado la razón a Sauer: los nahuas, como tales, es

<sup>2</sup> Recientemente realicé, por encargo de la editorial Siglo XXI, la traducción al español de cuatro trabajos de Carl Sauer referentes al noroeste mexicano, que en breve estarán a disposición del público en un volumen intitulado *Azatlán: antropología e historia del noroeste*. Los trabajos incluidos en dicho volumen son los siguientes: "Azatlán: frontera prehistórica mesoamericana en la costa del Pacífico" (1932); "La distribución de tribus y lenguas aborígenes en el noroeste de México" (1934); "La población aborigen del noroeste de México" (1935) y "La ruta de Cibola" (1932).

<sup>3</sup> Véase en especial "La distribución de tribus y lenguas..." y "Azatlán...", *passim*.

<sup>4</sup> Paul Kirchhoff, "¿Se puede localizar Aztlán?", en *Anuario de Historia*, año I, México, UNAM, 1961, pp. 59-67.

decir como grupo étnico hablante de la lengua que conocemos como náhuatl, mexicano o incluso "azteca", nunca pasaron por allí, ni mucho menos una fracción de ese grupo, los aztecas o mexicas. El lingüista Leonardo Manrique, por ejemplo, sostiene, con base en investigaciones propias y de otros especialistas, que hace aproximadamente unos dos mil años, es decir, en los albores de la era cristiana, comenzó a desarrollarse en un área del occidente de México (probablemente en el actual estado de Jalisco) una lengua a la que los especialistas han dado el nombre de "protonáhuatl", forma que vendría a ser una especie de embrión de lo que en el transcurso de los siglos cristalizaría en lo que conocemos como náhuatl o mexicano.

Cabe mencionar que otros investigadores distinguen incluso una etapa anterior en el desarrollo de esta lengua, el preprotonáhuatl, que suponen se inició unos 500 años antes de nuestra era.<sup>7</sup> Así pues, este desarrollo histórico-lingüístico del habla o grupo de hablas

<sup>5</sup> W. Jiménez Moreno, "La migración mexicana", en *Actas del XI Congreso Internacional de Americanistas*, Roma-Génova, 1972, pp. 167-172.

<sup>6</sup> Leonardo Manrique, "La historia del idioma mexicana y sus congéneres", en Dora Sierra Carrillo (coord.), *Primer encuentro nahua: los nahuas de hoy*, México, INAH, Subdirección de Etnohistoria (Cuaderno de Trabajo, 7), 1989, pp. 13-23.

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, Karen Dakin, *La evolución fonológica del protonáhuatl*, México, UNAM, 1982.

más meridional de la familia lingüística yutoazteca se realizó en una época bastante temprana, y en una región relativamente alejada del territorio que ocupa el actual estado de Sinaloa. Por lo tanto, cualquier asentamiento o influencia lingüística que se atribuya al tránsito prehistórico de grupos nahuas por esta región, son inaceptables. La dispersión de dichos grupos hacia el sur ocurrió, pues, de acuerdo con estos planteamientos, a partir de la región donde se originó el protonáhuatl que, como se dijo, probablemente corresponda al actual estado de Jalisco.

¿Qué podemos deducir de lo anterior específicamente en lo que concierne a la toponimia de Sinaloa y, en general, del noroeste? La respuesta que se pueda dar a esta pregunta no es nueva, pues ya la han dado con anterioridad varios investigadores, incluido el mencionado Sauer: es poscortesiana, es decir, proviene del periodo de Conquista y Colonización españolas de la región. El conjunto de nombres nahuas que ostenta la

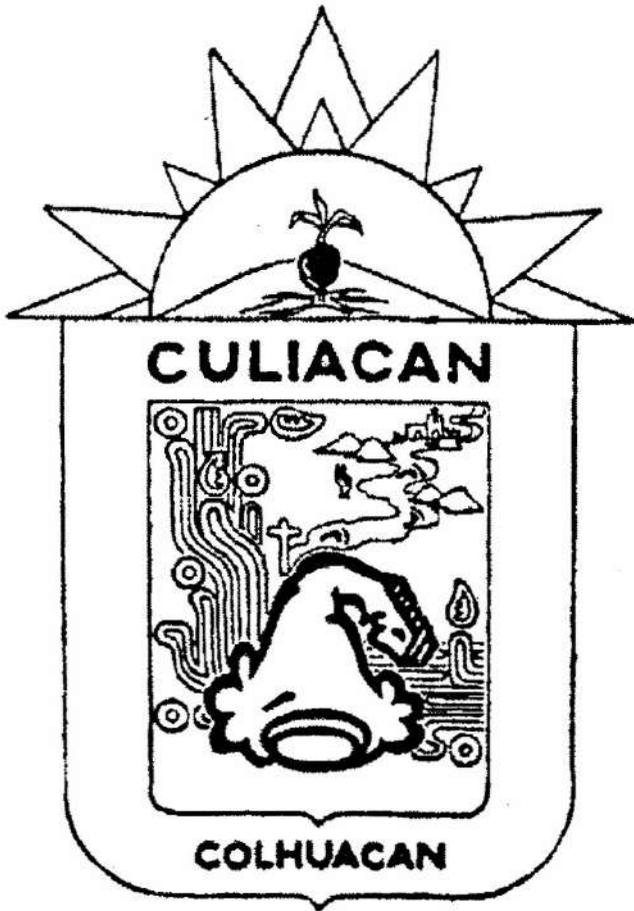
cartografía de Sinaloa no corresponde a asentamientos prehispánicos permanentes ni a estaciones temporales de grupos de lengua náhuatl, como postulaban los historiadores y filólogos del siglo pasado.

Ahora bien, los investigadores que han denunciado el carácter no prehispánico de los topónimos nahuas de Sinaloa lo han hecho, me parece, de una manera bastante simplista y a veces apresurada, ya que por lo común se limitan a afirmar que dichos nombres fueron impuestos a los lugares por los aliados tlaxcaltecas que acompañaron a los españoles en las primeras expediciones exploratorias y de conquista de la región. Aunque hay mucho de cierto en esto, me parece que se atribuye demasiada responsabilidad a los colaboradores tlaxcaltecas en la denominación de los lugares del noroeste. Es verdad que algunos nombres como, por ejemplo, Chametla, Piaxtla (Piaztla), Ciguatán (Cihuatlán), Petatlán e incluso Culhuacán o Culiacán (Culhuacán), que son algunos de los primeros nombres nahuas que aparecen en las más antiguas relaciones de conquista de la región,<sup>8</sup> podrían atribuirse a la influencia de los eficientes tlaxcaltecas que acompañaron a Nuño de Guzmán y su gente en su bélico recorrido, sea porque los hayan dado como traducciones o equivalentes nahuas de nombres aborígenes en lenguas distintas del náhuatl, como parece que fue el caso de Chametla, cuyo nombre nativo, de acuerdo con un documento de mediados del siglo XVII examinado por Sauer, era *Caulyan*, que, según el autor del documento, quiere decir “fuego o purgatorio”<sup>9</sup> o bien que hayan sido adaptaciones al náhuatl de nombres que de algún modo evocaban palabras de esta lengua, es decir, nahuatlizaciones de nombres aborígenes de la región.

Estos procedimientos no eran de ningún modo extraños a los nahuas, sino más bien una práctica común que, dicho sea de paso, los mexicas llevaron hasta sus últimas consecuencias. A ellos debemos la gran mayoría de los topónimos nahuas que ostentan innumerables lugares pertenecientes a otros dominios étnico-lingüísticos. Encontramos topónimos nahuas en territorios donde se habló y se sigue hablando otomí, mazahua, matlat-

<sup>8</sup> Véase sobre todo la relación de García del Pilar y las de los llamados “testigos anónimos” en el juicio a Nuño de Guzmán, publicadas por Joaquín García Icazbalteca en el tomo II de su *Colección de documentos para la historia de México*, México, 1866.

<sup>9</sup> Véase Carl Sauer, “La distribución de tribus y lenguas...”, cap. “Cora y huichol”.



zínca, tarasco, cora, huichol, zapoteco, mixteco, maya, etcétera.

Un ejemplo muy claro de la traducción o interpretación que efectuaban los nahuas de topónimos en otras lenguas se halla en la *Historia* del cronista jesuita Pérez de Ribas referente al nombre de cierto lugar de la misión de San Andrés, en la Sierra de Topia, Durango:

Volvieron de todas tres partes con una misma respuesta, diciendo pasase el padre diez lenguas más adelante, al paraje que llaman de Oueibos, que el mexicano interpreta Quilitlan, y hoy es pueblo con la advocación del glorioso apóstol Santiago.<sup>10</sup>

Por otra parte, hay que considerar que en estos primeros topónimos nahuas de Sinaloa no solamente intervinieron los mencionados aliados tlaxcaltecas, sino también los propios soldados españoles, principalmente aquellos que tenían algún conocimiento de la lengua náhuatl o mexicana, que no era raro encontrarlos.<sup>11</sup> En efecto, los españoles mismos bien pudieron asignar nombres nahuas a determinados lugares del noroeste, como parece ser el caso de *Petatlán*, literalmente “lugar donde abundan los petates”, pero refiriéndose más bien a los poblados que a lo largo del río Petatlán o Sinaloa se caracterizaban por las casas con paredes de petates, hecho que causó cierta admiración a los españoles.<sup>12</sup> *Ciguatán* o *Ciguatlán* (del náhuatl *cihuatl*, “mujer”) puede ser otro caso, ya que esta designación parece que estuvo motivada por la leyenda o mito de las amazonas, tan presente en la mente de los conquistadores.<sup>13</sup> De hecho, uno de los primeros cronistas,

<sup>10</sup> Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe...*, Madrid, 1645, p. 552.

<sup>11</sup> He aquí lo que revela, por ejemplo, el soldado Pedro de Carranza en su relación sobre la conquista del noroeste: “...y así se quedaron llorando [los indios] que se juntaron allí, a la posada de Nuño de Guzmán; y esto se decía por el camino donde íbamos, y los españoles que entendían la lengua, lo decían así...” Cf. “Relación hecha por Pedro de Carranza sobre la jornada que hizo Nuño de Guzmán...”, en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América*, Madrid, 1870, t. XIV, p. 365.

<sup>12</sup> Leamos lo que al respecto informa el soldado Pedro de Carranza: “...y Nuño de Guzmán se vino por la falda de la sierra a unos pueblos que llamaron los Cinco Barrios, donde volvió el maestre de campo que no hallaba camino por las sierras, y desde allí envió al alcaide por la costa... y al cabo que halló un pueblo cubierto con petates, al cual dicen que pusieron la ciudad de Petatoni”, *ibid.*, p. 368.

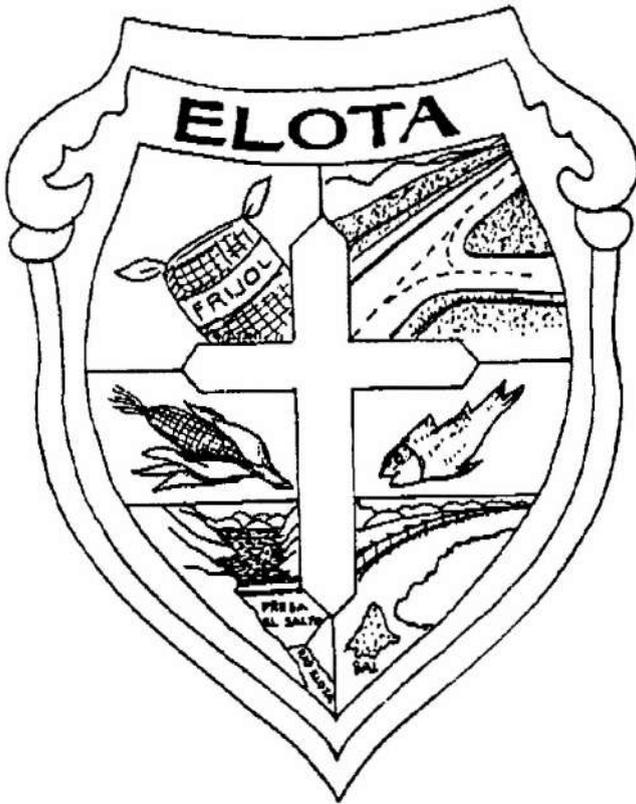
<sup>13</sup> Véase Adrián García Cortés, *Las amazonas del noroeste y el rey de Sinaloa*, Culiacán, El Colegio de Sinaloa, 1995.

aunque involuntario, de las campañas de Nuño de Guzmán por esas tierras, Gonzalo López, llama al río “Río de las Mujeres” todas las veces que a él se refiere, y esto es prueba de que entendía el significado de *Ciguatán*. Este mismo soldado nos ofrece en su relación un testimonio aún más valioso sobre el papel de los españoles en la asignación de nombres nahuas a los lugares. En cierta parte de su relato, apunta:

toda aquesta tierra es poblada, y mientras más, en las sierras, mejores casas; muchas dellas son de tejado; hay por ellas muchas tunas, salidos deste puerto, anduvimos por harto ruin camino, seis leguas, y fue a dar con nosotros en el río de las mujeres, casi al nacimiento dél; y atravesó el río, y subiéronos por un puerto arriba [...] acordé desde allí hacer saber al capitán general lo que pasaba, y enviarle a suplicarle, me enviase diez de a caballo, y otros diez peones, y no me moviese de aquel pueblo, quel alférez había descubierto, y nosotros llamamos el pueblo de los Gomúchiles.<sup>14</sup>



<sup>14</sup> Véase “Relación del descubrimiento y conquista que se hizo por el gobernador Nuño de Guzmán y su ejército en las provincias de Nueva



Por su parte, el citado Pedro de Carranza, refiere: “y aposentóse [Nuño de Guzmán] en un pueblo grande y de muy buenos aposentos, que se decía el Tiengues [Tianguis, del náhuatl *tianquistli*, “mercado, plaza”], porque así se lo pusieron”.<sup>15</sup>

Ahora bien, ya quedó claro que diversos investigadores, entre ellos Sauer en primer término, han demostrado con buenas razones que el náhuatl o mexicano no fue lengua nativa o aborígen en ningún punto del actual estado de Sinaloa en tiempos prehispánicos. Sin embargo, durante la época colonial la situación es diferente. El mismo Sauer admite, aunque de manera un tanto imprecisa, que la lengua mexicana se introdujo aquí con cierta amplitud, por lo menos hasta el río

Sinaloa. Francisco Pimentel en su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, publicado en 1862, asegura que el “azteca” se hablaba —en ese tiempo— “en una gran parte de Sinaloa y entre algunas tribus de Durango”. Por su parte, Manuel Orozco y Berra en su *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*, publicada en 1864, afirma que el mexicano es “la lengua más extendida en Sinaloa, en donde termina el ancho espacio que ocupa en México, y está marcado en [la] carta geográfica”. Y, en efecto, el ilustre historiador prolonga en su mapa lingüístico la mancha del mexicano hasta el río Sinaloa, dejando sólo una pequeña porción de territorio entre los ríos Sinaloa y Fuerte para ubicar a un grupo de dialectos cahítas. Sauer reprocha a Orozco y Berra esta desmedida extensión que asigna al mexicano en el noroeste, diciendo que aquél procedió así influenciado por la presencia de topónimos nahuas en esa zona, y también prejuiciado por el célebre mito de la peregrinación azteca.

En lo personal, me parece que el reproche de Sauer no es del todo aceptable, debido a que si el autor de la primera carta lingüística de México se hubiera guiado sólo por esos hechos, no habría extendido los límites del mexicano hasta el mencionado río, ya que los topónimos de origen náhuatl más bien escasean al norte del río Culiacán; y, por otra parte, tampoco esta zona entre el Culiacán y el Sinaloa entraría en el contexto del mito migratorio de los aztecas. Yo más bien pienso que Orozco y Berra no distinguió claramente entre lo que él pensaba que ocurrió en el pasado, es decir, en época prehispánica remota, y la situación que probablemente imperaba en su tiempo, es decir, una difusión relativamente amplia del náhuatl en ese territorio a mediados del siglo pasado.

Efectivamente, hace un momento mencionamos que Pimentel, por esas mismas fechas, informa que el náhuatl o mexicano se hablaba “en una gran parte de Sinaloa” aunque, por desgracia, no precisa cuál era exactamente esa “gran parte”. También mencionamos que el mismo Sauer, gran conocedor de la antropología e historia del noroeste, admite que la región sinaloense fue bastante mexicanizada durante la Colonia como resultado de varios factores, entre ellos los principales son la introducción de colonos provenientes del centro de México para repoblar las tierras devastadas por la Conquista, la cacería de esclavos, las epidemias por una parte y, por otra, la nahuatlización de la población aborígen emprendida a finales del siglo XVI por los misioneros

Galicia”, en *Colección de documentos inéditos...*, op. cit., p. 455. Véase también la relación de Pedro de Carranza, loc. cit., p. 369: “...y dende allí envió otra vez a buscar camino a las sierras a uno que se dice Zayas y subió por el río Aguatán [Ciguatán], que se dice de las Mujeres, adonde entró en un valle, que halló un pueblo que pusieron por nombre de los Guamáchiles...”

<sup>15</sup> Loc. cit., p. 367.

como medio para facilitar y acelerar la evangelización de los indios.

Gracias sobre todo a estos hechos, el náhuatl adquirió en tierras sinaloenses una categoría que antes no tuvo en esta región, pero que sí disfrutó en muchas otras del resto de Mesoamérica, a saber, su carácter de *lingua franca*, lengua que servía de vehículo de comunicación entre grupos de distintas filiaciones étnico-lingüísticas prácticamente en todo el territorio me-soamericano.

Es posible que a esto último se refiera Orozco y Berra cuando afirma que el mexicano era la lengua más extendida en Sinaloa, pues si leemos con atención el texto que dedica a especificar los lugares en donde se hablaban lenguas y dialectos aborígenes, señala por lo regular que, en algunos de ellos, además de la lengua propia del lugar, los nativos podían entender el mexicano y aun usarlo en los casos en que ello se requería. Así, por ejemplo, para la región comprendida entre los ríos Sinaloa y Fuerte, dice que sus habitantes hablaban la lengua cahíta y también el mexicano. Otro tanto afirma de los niños. Por su parte, los chikoratos y basopas, dice, usaban el mexicano para entenderse entre ellos, y que lo mismo hacían tebasas y acaxeas.

Ahora bien, lo anterior no quiere decir que el mexicano o náhuatl haya funcionado solamente como *lingua franca* o segunda o tercera lengua por todo el territorio del actual estado de Sinaloa, y que no haya habido núcleos o aun regiones en la que esta lengua fuera la predominante. Hay que considerar también el hecho de que los nahuas trasplantados al noroeste durante la dominación española seguramente constituyeron comunidades o pueblos donde el náhuatl llegó a ser la lengua preponderante, después de haber desplazado a los idiomas locales. Es de suponer que estas comunidades nahua-hablantes darían nombres nahuas a sus asentamientos, sea creándolos para el caso, sea traduciendo al náhuatl los antiguos nombres aborígenes, cuando los había. Esta situación pudo haber originado no pocos de los topónimos nahuas que hasta ahora figuran en la cartografía del estado.

Otra cuestión que debe considerarse en el estudio de la toponimia náhuatl de Sinaloa es la forma o aspecto de estos topónimos; me refiero a los nombres escritos (y pronunciados) con la grafía *tl* característica del náhuatl

del centro (Mazatlán, Piaxtla, Chametla, etcétera), y aquellos escritos (y pronunciados) sólo con *t* (Matatán, Cacalotán, Tepuxta, Tayoltita, etcétera), que son la gran mayoría, y que pudieran provenir de dialectos periféricos del náhuatl que carecen del fonema */tl/*. Esto último a condición de que no se trate de adaptaciones castellanas de palabras nahuas, proceso que suele convertir la */tl/* en */t/*, y que ya se registra desde época antigua: *Tlacopan* > Tacuba, *Cihuatlán* > Ciguatán, etcétera.

Un auxiliar importante en la determinación de la procedencia de los topónimos nahuas puede ser la búsqueda de nombres idénticos o muy similares en forma y significado fuera del territorio del noroeste. Esto nos indicaría probablemente la procedencia de los núcleos de población náhuatl que fueron trasplantados a dicha zona en tiempos coloniales. Asimismo, de gran importancia puede ser el estudio de nahuatlismos que aún perviven en el habla sinaloense, sobre todo aquellos que son característicos de esta modalidad lingüística, pues dichos elementos podrían eventualmente arrojar luz sobre estas cuestiones.

Por último, me parece importante mencionar el problema que representan para el estudio de la toponimia náhuatl de Sinaloa una serie bastante amplia de nombres que "parecen" provenir del náhuatl, pero que en realidad son, la gran mayoría de las veces, simples nahuatlizaciones de palabras de otros idiomas aborígenes que se prestaron a esa adaptación, ya fuera por parte de gente hablante de náhuatl o aun por los españoles. Desde Buelna hasta nuestros días este problema viene afectando de modo más o menos significativo las conclusiones sobre la composición real de la toponimia sinaloense. Al respecto, ya Carl Sauer señalaba en uno de sus trabajos sobre el noroeste: "Las hablas regionales ciertamente estaban emparentadas con el náhuatl del Altiplano y, de seguro, algunos nombres podían convertirse en formas nahuas mediante cambios menores [...] Éstas son de alguna manera versiones hispanizadas de nombres aborígenes que ya no resultaban inteligibles a través del intérprete nahua, como lo eran directamente para los españoles."<sup>16</sup> El estudioso de la nomenclatura geográfica de Sinaloa tendrá, pues, que averiguar si esa serie de nombres son o no son de origen náhuatl y, en el mejor de los casos, indicar su posible procedencia.

<sup>16</sup> Cf. *Aztatlán...*, cap. "Idioma".